

# Pedro: el valor y la fragilidad de un apóstol

El seguimiento de Jesús: una manera de crecimiento continuo<sup>1</sup>

*Angela Tagliafico*

*Doctor en teología espiritual, Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.*

## Introducción

**S**egún el Nuevo Testamento, Pedro ocupó un puesto especial, tanto en el tiempo de Jesús como en la Iglesia naciente. Él es el discípulo de Jesús, el primero llamado, y es el representante de los doce y su portavoz; en él se refleja prácticamente lo que significa ser un discípulo, porque Jesús continuamente le dirige palabras específicas, le hace promesas y le da indicaciones precisas y personales. Pero más importante que todo esto es otro aspecto: la vida de Pedro manifiesta, mejor que la vida de cualquier otro discípulo, lo que significa vivir con Jesús y seguirlo. El vínculo entre Pedro y su Señor es vivo, confrontativo, dinámico y profundo, como solo pueden serlo los vínculos auténticos. Precisamente por esta razón, su relación constituye el paradigma de todo verdadero seguimiento de Cristo.

En este artículo analizaré el comienzo de la relación entre Pedro y Jesús, que ocurrió el día del llamado de Pedro por parte del Maestro; el lento pero progresivo camino de maduración de Pedro en el conocimiento y seguimiento de Jesús, y el momento de reconocimiento por parte de Pedro de la identidad del Maestro, que marca definitivamente el camino de su seguimiento, inevitablemente marcado por la cruz, que lleva a Pedro a la plena comprensión de la misión de Jesús y, por lo tanto, de la suya, de vivir siempre y solo, en libertad y en el don de sí mismo, en el amor, con amor y por amor. Todo ello marcado por la alegría, ya que el seguimiento de Jesús es una fuente de alegría cada vez más plena y verdadera, fruto de las pruebas pasadas, de la madurez adquirida y de la experiencia espiritual que se afirma al seguir en el camino hacia Dios Padre.

---

<sup>1</sup> Traducción al español del original en italiano por parte de *Ecclesia*.

## 1. Jesús llama: inicio del seguimiento

Jesús llama a Pedro, llama a los discípulos, Jesús nos llama a cada uno de nosotros. Es un llamado cuyo profundo se puede describir con las palabras del papa Benedicto XVI: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»<sup>2</sup>.

En efecto, como bien sabemos el Evangelio de Juan comienza con Jesús haciendo la pregunta: «¿qué estás buscando?» (Jn 1,38) y termina nuevamente con Jesús haciendo la pregunta: «¿a quién buscas?» (Jn 20,15), porque el profundo deseo del hombre no es de algo, sino vivir la relación con Aquel que dijo de sí mismo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6)<sup>3</sup>.

Jesús se declaró nuestro amigo: «Ya no los llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; sino que os he llamado amigos, porque todo lo que he oído del Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15,15).

El encuentro con Jesús ha abierto a Pedro y a los discípulos un nuevo horizonte, una nueva posibilidad de vivir la relación con Dios, con ellos mismos, con los demás y con toda la creación. Para Pedro y los discípulos, acoger este encuentro significa hospedar en la propia vida a una persona que se los revela a sí mismos. Porque quien se encuentra con Jesús se siente verdaderamente conocido por Él en lo más íntimo.

«Andrés llevó a Simón a Jesús. Tan pronto como Jesús lo vio, le dijo: Tú eres Simón, el hijo de Juan. De ahora en adelante tu nombre será Cefas, que significa piedra» (Jn 1,42). Simón es el único de los primeros discípulos de Jesús en recibir un nuevo nombre. Como sucede a menudo en las historias del Evangelio, es Jesús quien toma la iniciativa, fijando sus ojos en Pedro (Jn 1,38); ante esta mirada, Pedro permanece impasible, no comenta, no dice una palabra ni hace ningún gesto.

Cambiar el nombre de una persona no es una acción como cualquier otra en la Biblia, porque significa imponer una nueva dirección en la vida de la persona, cambiar su existencia, cambiar su pertenencia. Y esto es exactamente lo que Jesús hace con Simón: lo cambia desde adentro, recordándole quién es y en quién se convertirá: Pedro, Cefas en arameo. Antes nunca se había usado este término como nombre propio, de hecho, es el sustantivo

<sup>2</sup> BENEDICTO XVI, carta encíclica *Deus caritas est*, 1, Libreria editrice vaticana, Città del Vaticano 2006.

<sup>3</sup> Cf. A. MARCHADOUR, *I personaggi del Vangelo di Giovanni. Specchio per una cristologia narrativa*, Edizioni Dehoniane, Bologna 2007, 46.

común para piedra. El hecho de que el término Cefas se traduzca significa que no es realmente un nombre, sino un apodo que indica una característica específica de la persona<sup>4</sup>.

Entonces, como en una investidura, Jesús le dice a Simón quién es realmente, y esto explica la falta de reacción de Simón frente a tales palabras. El hecho ocurre en una reunión sorprendente y no planificada, y ello contribuye a dejar a Simón aturdido.

Al darle una nueva identidad, Jesús revela hasta el final a Simón, el rostro y la concreción de Dios y a qué está llamado a convertirse, qué tarea debe realizar. En el encuentro con Jesús, Pedro comienza a comprender el valor de su existencia y su libertad, y también que Jesús es quien nos elige y quien toca primero a las puertas de nuestros corazones. A veces pensamos que fuimos los primeros en amar, pero no es así: Jesús nos amó primero, tuvo la iniciativa completamente gratis<sup>5</sup>.

Además, este evento resalta claramente la desproporción entre la iniciativa del Maestro y la reacción ausente de Simón, declara el misterio absoluto de la vocación que se configura como un don no intercambiable. Esto significa que la amistad de Jesús es un regalo, y debe recibirse con alegría, con gratitud, ya que un don siempre es mucho más de lo que es materialmente, un regalo va más allá de la apariencia, porque habla de fidelidad, de constancia, de búsqueda del otro y también del futuro, de algo que está por construirse, que no se da por sentado y que requiere de la apertura al otro.

Al comienzo de la historia de cada llamada, uno no es completamente consciente de lo que está sucediendo; sentimos que algo grandioso está sucediendo, algo que nos supera y que también nos da un poco de miedo, pero que al mismo tiempo nos atrae. Uno se siente inadecuado y, sin embargo, ansioso de que suceda. Uno percibe sus propios límites, pero el corazón experimenta que no estamos solos<sup>6</sup>.

La vocación cristiana es siempre la asunción de la responsabilidad amorosa por los demás. No es una vocación si no entra al corazón, si no se convierte en amor. Por esta razón, la pregunta fundamental es siempre sobre el amor. Pedro fue uno de los primeros llamados, y fue llamado en una circunstancia extraordinaria, con motivo de la primera pesca milagrosa en el lago. Por esta relación sincera de amor que se ha establecido entre Pedro

<sup>4</sup> Cf. P. GIBERT, *Simon Pietro*, Queriniana, Brescia 2005, 87.

<sup>5</sup> Cf. *Ibid.*, 92.

<sup>6</sup> Cf. R. MANDIROLA, *Quattro di quelli. Storie di sequela*, Edizioni Dehoniane, Bologna 2008, 33-34.

y Jesús, Pedro puede recibir la misión, la vocación de asumir la responsabilidad de aquellos a quienes el Señor ama, de aquellos que son del Señor.

Y por eso reiteramos que la vocación cristiana no puede ser, y no es simplemente, un compromiso organizacional. La vocación es la expresión de mi capacidad concreta y actual de amar, por lo tanto, ubicada en las coordenadas históricas, psicológicas y espirituales de mi vida y de mi persona<sup>7</sup>.

He aquí la pregunta fundamental de Jesús sobre el amor, en la orilla del lago Tiberíades, que preludivará la toma de responsabilidad de Pedro. De hecho, Jesús siempre cuestiona sobre el amor antes de confiarnos algo y a alguien. La vocación de cada uno de nosotros tiene a alguien confiado a sí, y todos estamos encomendados a otros.

## **2. Una lenta maduración: el camino del conocimiento de Cristo**

Nunca podremos comprender totalmente el alcance y las dimensiones de este inmenso don que es la amistad de Jesús, siempre habrá cosas nuevas que descubrir y encontrar, y Pedro es para nosotros la confirmación clara de esto: «Y, saliendo de la sinagoga, fueron inmediatamente a la casa de Simón y Andrés, en compañía de Santiago y Juan. La suegra de Simón estaba en la cama con fiebre e inmediatamente le hablaron sobre ella. Él se acercó y la tomó de la mano; la fiebre la dejó y comenzó a servirlos» (Mc 1,29).

Jesús nunca se hace amigo solo de la persona, sino del mundo entero de esa persona, y esto para Pedro incluye su entorno familiar y todas sus relaciones interpersonales. Todos somos, en parte, lo que hemos recibido en nuestras familias y, por lo tanto, Jesús también llega allí, y su llegada siempre trae purificación y salvación<sup>8</sup>.

Quizás Pedro no esperaba la visita de Jesús, y menos aún la curación de su suegra. Pero Jesús quiere mostrarle que cuando una persona acepta su amistad, Él se encarga de todo lo que lo rodea, incluso si no lo espera o no lo ha pedido.

Básicamente, Jesús llama a Pedro para estar con Él, su preocupación no es ofrecer una formación intelectual, quizá también bíblica. Jesús no invita a Pedro a tomar cursos, sino a seguirlo a Él. No exige que estudie la Palabra, sino que acompañe a la Palabra. No le pide a Pedro que viva como hijo de

<sup>7</sup> Cf. *Ibid.*, 56.

<sup>8</sup> Cf. G. AGOSTINO, *La fede della roccia*, Libreria editrice vaticana, Città del Vaticano 2012, 45.

Dios, sino que viva con Él que es el Hijo de Dios. En definitiva, es la relación con Jesús lo que es esencial, vital, y hace la diferencia<sup>9</sup>.

Pedro y los discípulos escuchan su Palabra y son invitados a ver cómo Jesús se encuentra y se relaciona con las personas, cómo juzga los hechos que suceden, cómo vive la relación con el Padre en la oración. Pedro y los discípulos son llamados, sobre todo, a aprender el pensamiento y los sentimientos de Cristo, compartiendo su existencia con Él, viendo cómo se mueve y actúa, llegando a vivir con Él.

Retados por Jesús con la pregunta: «¿También vosotros queréis marcharos?» (Jn 6,67), Pedro responde en nombre de los Doce: «Señor, ¿a quién iremos? Tú solo tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,68). Esta respuesta de Pedro proviene de la experiencia de la vida con Jesús. Frente a la forma en que Jesús actúa, habla y explica la realidad, nada es más razonable que confiar en Él, aunque con frecuencia los contenidos de los discursos de Jesús no son comprendidos para nada.

Es evidente que el seguimiento no tiene otra motivación que el mismo Jesús. Él es la fuente, causa y propósito de la vocación de Pedro y de sus compañeros. Ha revolucionado y trastornado completamente la vida del pescador Pedro<sup>10</sup>.

Por lo tanto, la relación con Jesús es el elemento decisivo de cada llamado, que también incluye por su misma naturaleza un encargo, un mandato. De hecho, no puede haber vocación sin misión, así como no puede haber auténtico servicio cristiano sin un vínculo cada vez mayor con Jesús.

Antes de convertirse en anunciadores, es necesario un periodo de formación en la escuela de Jesús, es necesario estar con Él, antes de poder hablar sobre Él y actuar como Él.

La fe es un encuentro con Jesús y necesitamos ayuda para buscar y descubrir el Amor de Dios en Jesucristo. Sin embargo, nuestra fe es a menudo intelectual y de palabra, porque no ha impregnado todos los tejidos de nuestra persona, y así corremos el riesgo de crear confusión entre el plano de las ideas y el de la vida espiritual<sup>11</sup>. Solo se conoce bien lo que se vive, y cada conocimiento que no sirva para amar es estéril; por lo mismo, las múltiples ideas que tenemos sobre las realidades de la fe, si no las hemos experimentado en contacto vital con el Señor, son de poca utilidad. A veces conocemos los gestos del amor, pero no hemos experimentado su realidad.

<sup>9</sup> Cf. *Ibid.*, 77.

<sup>10</sup> Cf. S. CIPRIANI, *La figura di Pietro*, Àncora, Milano 2006, 45.

<sup>11</sup> Cf. G. AGOSTINO, *La fede...*, 56.

La experiencia de Cristo se realiza en la acción litúrgica, en la oración y en la trama de la vida diaria. Orar es exclamar con Paul Claudel, poeta y dramaturgo francés, que se convirtió al catolicismo a la edad de 28 años: «Y he aquí que, de repente, a mi lado, tú eres Alguien»<sup>12</sup>. Para que haya una verdadera experiencia espiritual, es necesario aceptar entrar progresivamente, en un encuentro cada vez más profundo con Cristo. Él tiene que revivir su encarnación redentora en nosotros.

En el sentido bíblico-espiritual, el verbo «conocer» no tiene un significado cerebral o conceptual, sino que tiene el valor de la experiencia personal, y va más allá de la noción griega de conocimiento abstracto, desarrollándose en un contexto vital; por lo tanto, ese verbo expresa una relación existencial y personal<sup>13</sup>. Conocer a alguien, bíblica y espiritualmente, significa entablar una relación personal con él, entrar en su intimidad, experimentar su presencia, aceptar su acción, comunicarse con su vida. Lo testimonia bien la así llamada «oración de Jesús», contenida en el capítulo 17 del Evangelio de Juan, que podemos condensar en la frase, «participación en una misma vida».

El conocimiento de Dios tiene siempre en Él la iniciativa, no es el hombre quien conoce a Dios, sino que es Dios quien conoce al hombre en lo más íntimo de su ser, se revela a él y lo hace partícipe de ese conocimiento. Por lo tanto, la tarea principal de la persona es dejarse encontrar por Él para ser introducido en su conocimiento, que siempre es místico, ya que se relaciona con realidades ocultas. Dios nos revela su nombre y nos introduce y abre su plan de salvación, y es tal la confianza que recibimos de Él que llegamos a ser sus amigos (Jn 15,15).

El conocimiento íntimo de Cristo requiere tomar conciencia de su Presencia en nosotros bautizados; así estamos llamados a relacionarnos con Él desde dentro, y podemos conocerlo precisamente porque estamos injertados en Él, y su vida de Hijo de Dios circula en nosotros<sup>14</sup>. Mientras más avancemos en la revelación del misterio de Dios, más experimentaremos a Cristo como el Viviente, que irrumpe en nuestra vida, no para cambiarla como por arte de magia, sino para orientarla y darle el sentido verdadero y nuevo.

En el origen de nuestra oración, que, como dice Santa Teresa de Ávila, «no es otra cosa [...] sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama»<sup>15</sup>, hay una convicción fundamental:

<sup>12</sup> P. CLAUDEL, *Opere poetiche*, Cantagalli, Siena 2009, 152.

<sup>13</sup> Cf. A. VANHOYE, *Pietro e Paolo*, Edizioni Paoline, Milano 2008, 45.

<sup>14</sup> Cf. *Ibid.*, 66.

<sup>15</sup> TERESA DE ÁVILA, *Libro de la vida*, 8,5.

Jesús está presente, viviendo y operando en nosotros, por lo que orar es liberar la vida divina en nosotros y permitirle que nos invada por completo. Es por eso que siempre debemos creer en la presencia de Cristo en nosotros, incluso y especialmente cuando no la sentimos.

¿Cómo nutrir la amistad con Jesús, fundamento de nuestra vocación y presupuesto fundante de nuestro seguimiento y misión? Entrando cada vez más en la vida y el misterio de Cristo a través de la lectura meditada del Evangelio, para llegar conocerlo en sí mismo y contemplarlo en su persona y en la totalidad de su ministerio. Esta contemplación requiere crecer en las virtudes de la obediencia (de *ob-audire*, es decir, escuchar mientras se está ante otro, con el alma orientada y abierta a Alguien que te habla y a quien consideras con autoridad) y de la humildad (que es la verdad sobre nosotros mismos)<sup>16</sup>.

El conocimiento de Cristo, por lo tanto, presupone que estemos preparados para acogerlo al escucharlo, en un progresivo descentrarse, cada vez más intenso, de nosotros mismos; de lo contrario, nuestra relación con Él seguirá siendo una empresa vana por capturar a Dios y adaptarlo a nuestras categorías, en su mayoría simplemente racionales y emocionales. El Dios de la revelación cristiana no se atrapa, es Él quien se nos revela gratuitamente.

Por lo tanto, el conocimiento íntimo de Cristo se realiza al final de un camino experiencial, y quien dice experiencia, dice gradualidad y etapas sucesivas, enlazadas y enriquecidas con todo aquello que se ha adquirido previamente<sup>17</sup>.

La amistad con Cristo requiere que estemos dispuestos a dejar que reproduzca su vida en la nuestra, y poco a poco podemos asumir sus pensamientos, sus deseos, sus intenciones y sus afectos. Al respecto puede ser útil el pasaje de San Pablo a los Filipenses: «Tened en vosotros los sentimientos que estaban en Jesucristo» (Flp 2,5), que afirma claramente cómo el cristiano está llamado a revivir personalmente la vida de Jesús, al adherirse a través de la fe al misterio de su persona.

Se trata, sobre todo, como afirma la Instrucción de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *Caminar desde Cristo*, «de dirigir la mirada a la espiritualidad entendida en el sentido más fuerte del término, o sea *la vida según el Espíritu*»<sup>18</sup>.

<sup>16</sup> Cf. S. CIPRIANI, *La figura...*, 55.

<sup>17</sup> Cf. *Ibid.*, 66.

<sup>18</sup> CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, *Caminar desde Cristo*, 20 (texto español en [www.vatican.va](http://www.vatican.va)).

### 3. El reconocimiento de Pedro y la escuela de Jesús

Simón llamado Pedro tuvo el don de conocer bien a Jesús como el Señor; es el primero en ser nombrado por Jesús en la lista de los doce apóstoles (Mt 10,2).

Ahora Jesús y los discípulos están en camino y la narración tiene lugar en Cesarea de Filipo; Jesús toma de nuevo la iniciativa al pedir a los discípulos que le digan lo que la gente piensa de Él, y más que de curiosidad, se trata de un test: son invitados a salir de su incomprensión y malentendido. Después de varias respuestas, de hecho, inadecuadas (Juan el Bautista, Elías, un profeta), Jesús hace la pregunta directa: «Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (Mc 8,29); y es Pedro quien responde: «Tú eres el Cristo» (Mc 8,29), es decir, el Mesías, el cumplimiento de las esperanzas de Israel. ¡Por fin la respuesta es la adecuada!

En contraste con lo que leemos en Mateo 16,17-19 (bienaventuranza de Pedro y su primacía), en Marcos 8,30 y Lucas 9,21, Jesús no niega, ni acepta, la confesión de Pedro, inmediatamente leemos el mandato de no divulgar las palabras de Pedro. Esto se debe a que la definición aún no es unívoca, sino ambigua, y Jesús mismo quiere aclarar su significado, quiere explicar la vía alternativa que eligió para ser el Mesías<sup>19</sup>.

Y he aquí Mc 8,31-32: «comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre tenía que sufrir mucho y ser rechazado por los ancianos, por los jefes de los sacerdotes y por los escribas, ser asesinado y después de tres días resucitar».

Ante el reconocimiento de Pedro, Jesús contrapone como autodesignación el título de Hijo del hombre: es dando vida, yendo más allá del sufrimiento y la muerte, que Él quiere ser el Mesías, porque el Hijo del hombre «no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate de muchos» (Mc 10,45).

Lo que Pedro no acepta es precisamente que Cristo tendrá que sufrir y ser asesinado y, por lo tanto, lleva a Jesús a un lado y lo reprocha duramente, tratando de disuadirlo de cualquier proyecto que prevea el sufrimiento. La reacción de Jesús no se hace esperar: «Ponte detrás de mí, Satanás. Porque tú no piensas como Dios sino como los hombres» (Mc 8,33). El amigo Jesús revela a Pedro su total malentendido, está renunciando a su papel de amigo y discípulo, se está convirtiendo en un adversario y un enemigo, ya que tiene expectativas, respecto del Mesías, divergentes en comparación con las de Dios<sup>20</sup>.

<sup>19</sup> Cf. G. DE VIRGILIO, *La fatica di scegliere*, Libreria Rogate, Roma 2010, 44.

<sup>20</sup> Cf. *Ibid.*, 48.

Aprovechando su relación confidencial con Jesús, Pedro le reprochó, cegado por la presunción de atribuirse una autoridad que no le pertenece. Ahora Jesús le conmina a volver a ocupar su lugar, detrás de Él, en secuela, como se le había sido dicho el día de su llamado: «sígueme, te haré pescadores de hombres» (Mc 1,17), dejando que sea el Maestro-amigo quien indique el camino y marque el paso.

Sobre el significado de la cruz en nuestra vocación y seguimiento de Cristo, debemos notar que constituye un paso obligado para aquellos que deciden seguir a Jesús de una manera total y profunda, convirtiéndose en sus amigos y discípulos: «Si alguien quiere venir a por mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mc 8,34). El camino del seguimiento está inevitablemente marcado por la cruz, por el rechazo, y a todo esto la única respuesta es siempre y solo el amor<sup>21</sup>.

Por supuesto, Jesús no obliga a nadie, un amigo nunca obliga. Deja la posibilidad de retirarse, de vivir la vida de acuerdo con otra lógica, también si sabe que será un fracaso: «¿Qué ventaja hay si un hombre gane el mundo entero y pierda su vida?» (Mc 8,36). Ser amigo de Jesús implica correr el riesgo de negarse a sí mismo para acoger y vivir el estilo novedoso de Jesús que vino para «servir y dar la vida en rescate por muchos» (Mc 10,45).

Si Jesús no hubiera reprendido a Pedro, sino que simplemente le hubiera recordado las condiciones para seguirlo, habría sido un buenista, preocupado solo por tener amigos aparentes y no auténticos. Del mismo modo, si al reproche no le hubiera hecho eco la catequesis sobre el seguimiento, habríamos tenido un Jesús rigorista incapaz de perdonar y entrar en comunión con sus discípulos, renovando continuamente la amistad con ellos<sup>22</sup>.

En cambio, Jesús demostró ser exigente, reprochando a Pedro y misericordioso, dándole otra oportunidad de seguirlo y renovándole su amistad. Jesús es verdaderamente misericordioso porque es exigente, y nunca pierde de vista su objetivo, Jerusalén, y el don total de sí mismo por amor al hombre.

Pedro aprendió mucho, precisamente de aquellas cosas que al juzgarle con frecuencia le reprochamos: sus debilidades, sus fragilidades, sus humillaciones, sus testarudeces, reconocidos con verdadero arrepentimiento, le enseñaron que lo fundamental para el hombre es moverse en la esfera del amor y la amistad “de” y “con” Jesús. Y Pedro se dejó guiar precisamente por este amor y amistad<sup>23</sup>.

<sup>21</sup> Cf. R. MANDIROLA, *Quattro...*, 70.

<sup>22</sup> Cf. R. PESCH, *Simon Pietro*, Queriniana, Brescia 2008, 33.

<sup>23</sup> Cf. *Ibid.*, 36.

Y desde la esfera del amor y la amistad, la multitud de los deseos de Pedro se fue ordenando gradualmente hacia su fin: el Señor, el objetivo final del hombre, la plenitud de la manifestación del hombre a sí mismo, Dios como realidad trascendente frente a la cual el hombre solo puede rendirse y donarse.

Por supuesto, esto no fue para Pedro, y no lo será tampoco para nosotros, un camino fácil. Cuántas veces se dio cuenta de que no había entendido. Cuántas veces intentó reducir la novedad de Cristo a su pensamiento, en vez de abrirse al pensamiento de Cristo. En esta perspectiva, la figura de Pedro es particularmente humana y cercana a nosotros.

Dios nunca está a nuestra disposición, no es un ídolo y, por lo tanto, no podemos modelarlo como nos guste; Él es solo puro don<sup>24</sup>. Crecer en el conocimiento y la amistad de Cristo implica asimilar su pensamiento y sus sentimientos, implica entrar cada vez más en un proceso de conversión, en rendirse a Dios que nos llama, y manifiesta su rostro como el Dios de la Cruz.

En este camino de crecimiento es absolutamente decisivo dejarse amar, este es el primer paso para alcanzar esa conversión que permite el poder pensar y sentir de Cristo. En definitiva: aceptar que Dios es el primero en servir al hombre<sup>25</sup>.

Nuevamente en la Instrucción *Caminar desde Cristo*, se declara:

*Caminar desde Cristo* significa reencontrar el primer amor, el destello inspirador con que se comenzó el seguimiento. Suya es la primacía del amor. El seguimiento es sólo la respuesta de amor al amor de Dios. Si «nosotros amamos» es «porque Él nos ha amado primero» (1Jn 4,10.19). Eso significa reconocer su amor personal con aquel íntimo conocimiento que hacía decir al apóstol Pablo: «Cristo *me* ha amado y ha dado su vida *por mí*» (Ga 2,20)<sup>26</sup>.

#### 4. El gozo de la amistad con Cristo

Es significativa la insistencia con la que aparece, en los Evangelios de la Última Cena, la invitación a la alegría (Jn 15,11; 16,20-21; 22,24; 17,13). La alegría es uno de los temas más presentes en los discursos de despedida del último encuentro de Jesús con sus discípulos, casi como una preparación

<sup>24</sup> A. CARANDINI, *Su questa pietra*, Laterza, Roma 2013, 47.

<sup>25</sup> Cf. *Ibid.*, 66.

<sup>26</sup> CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, *Caminar desde Cristo*, 22.

psicológica y una pedagogía cariñosa para lo que está por suceder, y que, sin embargo, no es un final trágico sino un paso obligado<sup>27</sup>. La tristeza de los discípulos, asegura Jesús, se convertirá en alegría.

En sus confidencias íntimas, Jesús nos habla de su alegría y nos asegura la nuestra. Es una promesa y es un don; es invitación y es superación. Es una invitación a la plenitud: «Mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría llegue a plenitud» (Jn 15,11). Vale la pena orientarse a un Maestro que habla de sí mismo de esta manera, y nos promete mucho.

Pensándolo bien, debemos admitir que la alegría es una palabra clave en el léxico cristiano. Acompaña a toda la Biblia: desde el Antiguo Testamento, con la alegría de Dios y del hombre en la creación, hasta el Apocalipsis, con la promesa de la alegría sin sombras. Un río lleno de alegría recorre toda la Historia Sagrada, con momentos de noche y oscuridad, pero con la victoria final que pone todo en su lugar, y anticipa los motivos de la esperanza en todo momento<sup>28</sup>.

Podemos decir que toda la vida y la predicación de Jesús es un verdadero “Evangelion”, una buena y alegre noticia del Reino, desde el principio hasta el final.

Por lo tanto, es necesario redescubrir las fuentes y el camino de la alegría de Dios y del hombre, en vistas a un cristianismo que lleve el sello de este Dios, que es alegría infinita, vivida y comunicada. Después de todo, el gran predicador Jesús, el Hijo de Dios, comenzó a difundir su nuevo mensaje en el Evangelio de Mateo, con una invitación a la felicidad y una promesa, la de las bienaventuranzas y la dicha. Bienaventurados, es decir, alegres, por supuesto, no a bajo precio, sino anulando los valores de la verdadera alegría según el mundo, con una invitación a todos aquellos que, al escucharlo, parecía sobre todo los pobres e infelices de su tiempo y de todos los tiempos<sup>29</sup>.

El Reino de Dios que Jesús proclama con pedagogía divina lleva siempre consigo, como fruto y como levadura, la experiencia y la promesa de una santa alegría. Jesús vivió una experiencia de jubileo, en la libertad y en el compartirlo todo con los demás. Creó una Iglesia de alegría, si de los primeros cristianos se destacaba la alegría y la sencillez de corazón. Alegría que se renueva y se prolonga cada domingo, porque si el enigma que nos hace llorar, nos entristece, y a veces conduce a distorsionar la alegría en luto, es

<sup>27</sup> R. GERARDI, *La gioia dell'amore*, Lateran University Press, Roma 2015, 88.

<sup>28</sup> Cf. *Ibid.*, 101.

<sup>29</sup> Cf. E. LOHSE, *Gioia della fede*, Queriniana, Brescia 2008, 112.

el miedo a la muerte, la victoria de Cristo sigue siendo la razón definitiva de la alegría cristiana.

Creo que hoy más que nunca debemos regresar a la Pascua como un punto de referencia esencial para nuestra vida cristiana y testimoniar el gozo cristiano. La certeza de la resurrección de Jesús es también certeza de la victoria del bien sobre el mal, del amor sobre la muerte, la victoria del Padre de nuestro Señor Jesucristo, es decir, del Padre que resucitó a Jesús y lo hizo Señor. Él es la garantía de la victoria final, pero también de la presencia con nosotros y en nosotros, todos los días, de una fuente de alegría infinita<sup>30</sup>.

Al recorrer las páginas de los místicos de la historia de la Iglesia de ayer y de hoy, se imponen algunas consideraciones básicas. Cada encuentro con Jesús a lo largo del camino de la vida es siempre una fuente de alegría plena, verdadera, abrumadora y comunitaria. Es el resultado de las pruebas superadas, de la madurez adquirida, de la experiencia que se afirma al avanzar en el camino de Dios. Por lo tanto, en el gozo cristiano hay una invitación a cultivar el buen humor, y la tradición espiritual cristiana nos testimonia que hay muchos santos que ríen y hacen reír a la gente, abriendo el corazón a la humanidad de nuestro Dios. Hay una historia de santidad de la sonrisa que todavía hoy invita a todos, especialmente a los cristianos, a ser siempre y en todas partes, testigos de la alegría.

¡Teresa de Ávila bromeaba a menudo con su Señor! Como cuando, después de romperse un brazo y caer rodando por las escaleras, ella se queja con Él que le dice: «Teresa, así trato a mis amigos». Y ella responde rápidamente: «Entiendo, Señor, por qué tienes tan pocos»<sup>31</sup>.

Los santos, imitadores de Cristo amigo, deben ser afables, más aún, muy afables, para que otros puedan amar su estilo de vida y no se asusten de la vida cristiana; lo cual es como decir: ¡hagamos propaganda con la alegría de la belleza de nuestra vida, hagamos que la gente del mundo tenga celos de la buena elección que hicimos al seguir a Cristo, todos los días de nuestra vida!

«Dios ama al que da con alegría» (2Cor 9,7); es san Pablo quien exhorta a los cristianos a dar siempre y a todos, con una sonrisa en los labios, incluso si a veces en el corazón puede haber tristeza y sufrimiento. Y es la belleza de la hilaridad y el apostolado de la sonrisa lo que recomienda cuando escribe: «Alegraos en el Señor, siempre, os lo repito de nuevo, alegraos» (Flp 4,4). Tal es la exhortación paulina llena de humanismo cristiano, que trae a todos el sentido de la presencia del Señor y de su victoria, imbuido del optimismo y

<sup>30</sup> Cf. *Ibid.*, 120.

<sup>31</sup> Cf. J. GICQUEL, *I fioretti di Teresa d'Avila*, Città Nuova, Roma 2005, 92.

realismo humano-cristiano, en todas las circunstancias: «Vuestra afabilidad sea conocida por todos los hombres» (Flp 4,5).

Escribe el papa Francisco en la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*:

Hay momentos duros, tiempos de cruz, pero nada puede destruir la alegría sobrenatural, que «se adapta y se transforma, y siempre permanece al menos como un brote de luz que nace de la certeza personal de ser infinitamente amado, más allá de todo». Es una seguridad interior, una serenidad esperanzada que brinda una satisfacción espiritual incomprensible para los parámetros mundanos<sup>32</sup>.

Como cristianos estamos llamados a ser sembradores de alegría en este mundo, siguiendo el ejemplo de Jesús, para hacer que el camino del amor y el rostro del Señor sean cada vez más amables.

## Conclusión

Pedro analizado en sus propias fuerzas no es una gran personalidad; lo que él es, proviene de Jesús. No entiende por sí mismo la importancia de su Maestro, llega a comprenderla en cuanto es Jesús quien lo guía a hacerlo. Pedro es débil y cae, pero Jesús lo levanta y lo envía siempre. La salvación que vino al mundo se refleja de manera particular en la persona de Pedro, por esta razón él es un modelo, no solo para su tiempo, sino para todos los tiempos.

El camino de Pedro representa seguramente el camino espiritual de cada hombre, y es el símbolo de cada camino de la humanidad hacia el Reino y de cada peregrinación a la casa del Padre. Es un camino que nace del encuentro con Jesús, de la amistad con Él, y que revela su verdadero rostro en la Cruz, que pide la opción de seguirlo para dejarse lentamente educar por Él, a su forma de pensar y de sentir. A pesar de los altibajos, Pedro nos enseña a confiar siempre en la fidelidad de Dios, en cada ocasión.

Si miramos a Jesús en los días serenos y en los días de tormenta, Él nos sostendrá, nos tomará de la mano y vendrá a nuestro encuentro, para que podamos alcanzarlo y disfrutar de su presencia y de su amistad, porque Él lo ha dicho, y nosotros lo creemos firmemente: «Os he llamado amigos porque os he dado a conocer todo lo que he escuchado de mi Padre» (Jn 15,15).

<sup>32</sup> PAPA FRANCISCO, exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, 125 (texto español en [www.vatican.va](http://www.vatican.va)).